

Primeras Palabras

Por N I C O L A S G U I L L E N

Para
magazine
1960

Este trabajo fue leído por su autor, ante los micrófonos de la RHC-Cadena Azul, constituyendo la primera de las Radioconferencias que presenta esa emisora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas en su discurso de veintiuno de abril.

CUANDO el doctor Saladrigas se dirigió recientemente a los intelectuales cubanos para saber por ellos cuáles son las necesidades de la cultura nacional, yo pensé que aquél era un gesto en grado sumo temerario.

Intelectual él mismo, Saladrigas no ignora hasta qué punto es difícil concertar, aun para cosas que les son necesarias, a los que tienen profesionalmente la obligación de pensar y sentir. El mundo literario y artístico, tanto como el científico, suele estar gobernado por un estrecho sentido individualista, que desemboca a veces en desenfrenada vanidad. Muchos buenos propósitos se han frustrado, se han malogrado entre nosotros, porque a la hora de relacionar los prestigios más o menos consagrados,

los genios más o menos auténticos, faltó el señor Pérez o el señor González fue incluido en quinto lugar en vez de ir al primero, o al señor Rodríguez no se le dio un taburete bien visible en la mesa presidencial, para que allí se luciera con una pluma en la cabeza. ¿Quién sino armado de una serena valentía se atreve a meter la mano en ese colmenar frenético que es el campo profesional de «la inteligencia»? Desafiar capillas y capellanes resulta así atrevimiento que se paga casi siempre con tremendas horas de amargo desencanto.

Sin embargo, parece que el doctor Saladrigas cree — y hace bien — que a los intelectuales hay que darles lo que les pertenece, que es dárseles a la cultura, aunque ellos mismos no quieran, o parezca que no quieren. Para lo cual se vale de un procedimiento harto simple: ir preguntando, ir indagando entre las gentes de espíritu lo indispensable para vertebrar un programa de acción inmediata, basado en unos cuantos puntos concretos, y el cual permita asestar los primeros mochos en la enmarañada selva de nuestra insolvencia cultural.

La reacción favorable ha sido inmediata. El estupor ante una actitud tan nueva en un político cedió su campo al entusiasmo. Hombre de tanta y justificada cautela como el doctor Fernando Ortiz dió presto a la iniciativa su inmenso respaldo personal. El eminente polígrafo, cuyo nombre ha llevado el de Cuba a rincones donde sólo regía nuestra fama de colonia azucarera y tabacalera, no fue remiso a un llamado de tanta urgencia, y con amplitud que hace justicia a su bien conocida independencia de criterio, púsose a trabajar de lleno, como si dijéramos en mangas de camisa. Con Ortiz, la mayoría de los demás, y estas breves conferencias que hoy se inauguran son testimonio vivo de que hay deseo de entregar una faena decorosa.

Digamos en seguida que el discurso del doctor Saladrigas en el Hotel Nacional tiene un ángulo que nos parece de interés extraordinario, y es el que se refiere a la «militancia de la cultura», a su vigencia humana. «Los intelectuales — dijo el candidato de la CSD — han de extraer sus ideas de la cantera inagotable del pueblo, bajar a las realidades difíciles de la vida, acercarse a sus problemas, y elaborar, con la ayuda de la ciencia, la expresión perfeccionada de los anhelos nacionales... Como punto de vista de un hombre que aspira a regir nuestros destinos políticos — vale decir culturales — esa definición es profundamente alentadora, y más en vísperas de los arduos días que se avecinan, en el mundo atormentado, contradictorio, demoleedor y constructivo al mismo tiempo que va a dejarnos esta guerra.

La fuga del intelectual ante los requerimientos de nuestro tiempo tiene un evidente sentido de traición. A nuestro juicio, la obra de la inteligencia en realidad perdurable, es aquella que no teme bajar — o subir — hasta el reino ansioso que la gente de la calle ha hecho a fuerza de espíritu, y tomar allí esa sustancia primera que en cada gran temperamento ha dado siempre la talla gigantesca de las obras maestras.

Y no sólo el pueblo visto como elemento básico de la creación, sino también como objetivo inmediato al que aplicar una ecuménica finalidad superadora. La cultura, como la economía, de la cual depende, no ha de ser el estado exclusivo, exclusivista de un puñado de personas, el brillante adorno de una parte de la sociedad. La posibilidad, y aún la obligación de cultura ha de pertenecer a todo el mundo, debe hallarse — y hay que trabajar porque así sea — en manos de una humanidad organizada y enérgica, que goce de la democracia en su cabal significación.

...BOKV BBOAIGIOMVT*
...cos boiiticos en
...cos blyuctyros*
...ngtonalyt es jay-
...bol yos Kopelnu-
...e fogas tsa lett-

...enre* jo mtramo se
...cos tyamagos* se-
...ton bely los rly-

...Blyatno deseo de
...shmentacton e tya-
...e ese esdyttr de
...ente pnyoclyat-
...tanyamtyento de yz

...e de vnyoles cny-
...ofeoles cnyenos*

...odes nnyatros so-
...e vnyatnyonnyars*
...evaton vnyetente
...ndalyt a resnyes*

...atonyes democlye-
...y omyal en yz con-
...nyatlyde en ny es-
...lyt atyente cnyte
...e lettete e an ol-
...de yz cnylye* no
...je concede e nybo-
...nytyntyento bol es-

...A yz tnyon de exte-
...e nnyatlye tyosny
...nytyrelynytynty-
...tyntyntyntyntynty

DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

...Eneley* nt
...moflyal vny
...os* A no by
...ses se ojay
...tyones A ey
...yeabeyshos

...lyte de yz
...zly ana teat
...lyagos de ty
...yednytyshos

...nyal tytel
...bessoty de
...cnytyntyde
...ce* como ny
...nytyntyntyde
...tyntyntyde

...nos A en co
...Blyatlyde e
...tyntyntyde

...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde

...tyntyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde

...tyntyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde

...tyntyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde

...tyntyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde
...nytyntyde

A

2)

Hace cerca de doscientos años — la cita es de Anibal Ponce — un tratadista francés, Filangiere, escribió estas palabras terriblemente injustas: «La educación pública exige, para ser universal, que todos los individuos de la sociedad participen de ella, pero cada uno según las circunstancias y su destino. Así el colono debe ser instruido para colono, no para magistrado. Así el artesano debe recibir en la infancia la instrucción que pueda alejarlo del vicio, conducirlo a la virtud, al amor, a la patria, al respeto a las leyes y a facilitarle los progresos de su arte, pero no lo que necesite para dirigir la patria y administrar el gobierno». Filangiere pedía, y no hablaba por sí solo, la creación de entes mecánicos, en serie, simples bestias de carga, sin la menor posibilidad de elevación espiritual, y en muchos aspectos vióse complacido.

Así fue posible consagrar aquella tremenda discriminación mediante la cual los seres humanos debían recibir una educación adecuada a su destino de clase: el hombre del pueblo, lo que era absolutamente indispensable para ofrecer mayor rendimiento personal a quienes servía; el dueño, el señor, todo cuanto pudiera elevarlo por la inteligencia, todo cuanto pudiera mantenerlo por la cultura en la dirección de la sociedad, excluyendo a los demás miembros de ella.

Hay algo más grave aún, y es que la distinción de Filangiere no ha desaparecido todavía del campo de los hechos. En nuestra misma patria hay masas enormes de ciudadanos desprovistos de ciencia hasta el grado de no saber leer ni escribir, como si hubieran sido arrancados de los más profundos estratos del feudalismo, y los cuales viven junto a capas que gozan de todos los recursos que la civilización del siglo XX pone en manos de una persona, siempre que cuente con los medios económicos necesarios para ello. Prueba inmediata, al alcance de nuestros ojos: el barracón del ingenio y el palacete del administrador; el solar urbano, con su bárbaro hacinamiento, y los fastuosos chalets de nuestros barrios residenciales, inmensos y exclusivos.

Quiere decir, pues, que la lucha es ardua, dura. El problema cultural cubano abarca zonas muy amplias, círculos enormes, y tiene desde luego su raíz más profunda en nuestra desvalida situación económica, pero hay que empezar por abajo. Gran suceso sería, pues, que el gobernante que debe asumir el poder dentro de unos meses volviera los ojos (como ahora en su condición de mero candidato ha hecho el doctor Saladrigas) hacia la urgente tarea de elevar la cultura de nuestro pueblo, y para ello se decidiera a contar organizadamente con quienes mediante el simple hecho de venir a esta tribuna ya están diciendo su generosa voluntad de colaboración en un servicio que es inaplazable para la patria. El servicio de fijar y aislar nuestros males cívicos, de extirpar el analfabetismo, aun el de los que saben leer y escribir, de poner en hora de hoy el reloj colonial que todavía rige mucho de la vida cubana. El colosal servicio de multiplicar entre nosotros el tipo del ciudadano univerval, proyectado hacia una sociedad alegre, limpia, instruida, en la que, recordando una frase célebre, cada cocinera se halle preparada para manejar sin tropiezos los asuntos del Estado.

Rafael Mayo 5/44